

Igor Barreto y José Watanabe: afecto y biopolítica de la animalidad

Alexis Uscátegui Narváez

Universidad Andina Simón Bolívar-Ecuador

Resumen:

El ser humano no es el único signo cultural, puesto que los animales también pueden representar dicha resonancia social e interrumpir protocolos biopolíticos. Por tanto, de una manera aproximada, el presente trabajo crítico de dos poemas, "Destino" del venezolano Igor Barreto y "El caballo" del peruano José Watanabe, que representan la vida en seres (no-humanos) propone que los mismos permiten reconfigurar el orden inferior de lo viviente, alcanzando un a-f-e-c-t-o de alteridad en el ser humano. En este sentido y al analizar sus voces poéticas, estos dos poetas latinoamericanos reivindican la vida animal mostrando el salto del umbral entre la *zoé* (la vida animal abandonada) y el *bios* (vida alternativa para la cultura).

Palabras clave: Afecto-Biopolítica-Caballo-Igor Barreto-José Watanabe.

Igor Barreto and José Watanabe: affection and biopolitics of animality

Abstract:

The human are not the only cultural sign, because the animals can also represent such social resonance and interrupt biopolitical protocols. Therefore, in an approximate way, this critical work of two poems, "Destino" of the Venezuelan Igor Barreto and "Caballo" of the Peruvian José Watanabe, depicting life in beings (non-human) allow reconfiguring the lower order of living things, reaching an a-f-f-e-c-t-i-o-n of otherness in humans. In this regard and analyze their poetic voices, these two Latin American poets claim showing animal life jump threshold between *zoe* (abandoned animal life) and *bios* (life alternative for the culture).

Keywords: Affection- Biopolitics -Horse- Igor Barreto- José Watanabe.

“Te quiero mi burrita/ porque no hablas/ ni te quejas/ ni pides plata/ ni lloras/ ni me quitas un lugar en la hamaca”

Raúl Gómez Jattin

La experiencia humana es una constelación de afectos donde el lenguaje es insuficiente para representar su devenir, por ello el poeta debe buscar el mejor vocablo para expresar lo más singular de su experiencia. El lenguaje produce efectos, pero la poesía tiene el poder de movilizar y perpetuar el afecto en el *otro*, porque la poesía registra el *sensorium*; es decir; “creación y recepción (el afectar y ser afectado)” (Moraña 2012: 317). En esta medida y siguiendo a Deleuze “escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso, y que desborda cualquier materia vivible o vivida” (1996: 5). Por esta razón la poesía debe luchar verso a verso contra el capitalismo que asesina los afectos, con su lenguaje tiene la posibilidad de trasgredir el margen de lo prohibido, que incluso administra los sentimientos, el amor. Todo cuerpo es afectado, pero también puede a-f-e-c-t-a-r; por eso, fonéticamente la poesía balbucea para no subordinarse en las normas del mundo y proponer un sentido alternativo capaz de afectar el mismo lenguaje y así mantener su giro afectivo; así, la poesía es una potencia contra-natura, naturaleza y objeto comparten nupcias existenciales, porque la poesía hace posible el acercamiento (avicinamiento) de cosas y seres que no pertenecen a la misma especie.

De esta manera, lo anterior invita a reflexionar acerca del tipo de subjetividad que construye el poema. Una posible respuesta se puede obtener analizando la obra del venezolano Igor Barreto y el peruano José Watanabe, quienes a través de sus creaciones líricas permiten reconstruir un nuevo sentido de la animalidad y la naturaleza, ejes centrales en algunos de sus poemas. Estos poetas latinoamericanos proponen un síntoma heterogéneo de lo que podría llegar a ser la potencia del afecto, son poetas que fueron afectados por algunas experiencias fatídicas, de tal manera que sus poemas por medio de un lenguaje particular rompen el umbral de lo biopolítico, para proponer un mundo alterno, donde el ser animal puede evadir su medio natural con el fin de ocupar un espacio diferente al dominante (cultura), aquel que la norma social no le permite estar. De este modo, si para Barreto en su tierra natal (El Llano venezolano) hay que inventar las piedras porque no las hay, en Watanabe hay que humanizarlas para inmortalizar su devenir.

Ahora bien, hay un acontecimiento clave que impactó el corazón de Igor Barreto, se trata de haber visto a un caballo morir a causa del hambre del hombre, dicha imagen afectó bastante su condición de poeta y pensó que no sería capaz de figurar dicha escena en su poesía; no obstante, él recurrió a dicha tragedia para restituir a través del poema el vínculo afectivo que lo unía al animal, porque el cuerpo inerte del équido ya es una afección en su poesía. Un ejemplo de esta acotación es el poema titulado "Destino" de *El duelo* (2010), en el cual se puede evidenciar una nueva política de lo animal, entendido también como una posibilidad para comprender el valor de la vida en seres (no-humanos) que no forman parte del precepto sociocultural, sino un orden diferente de lo viviente:

DESTINO

NO habrá Caronte,
ni olmos puntiagudos.
Los caballos
no cruzan un río
cuando mueren.
Su memoria desaparece
en el instante
del destello
del golpe
en su cráneo.
Todo quedará
bajo la sombra
de unos cedros,
junto al camino
de greda
por donde llegan
los compradores
de carne:
la del sacro pecho,
la de su lomo
tantas veces acariciado.
Aun así, el caballo
no condenará a nadie.
La belleza muere
simplemente
y en otro cuerpo
será encontrada.
Silenciosos caballos
privados de la queja
y la plegaria.
Pero su miedo
tendrá fin,
y desaparecerá para siempre.

(Barreto 2014 [2010]: 337-338)

En este poema se puede observar que el caballo es uno de los pilares centrales en la creación del poeta venezolano, quizá porque “la sabana es la nada/ donde el caballo/ es lo único que existe” (Barreto 2010: 255); además, el caballo representa en su poesía más que un ser animal, la fiel compañía del hombre, del jinete en el frío y en la tormenta. De esta manera, la referencia al robo y asesinato del caballo por parte de hombres hambrientos, está relacionada con la voluntad de Barreto de observar cómo el poder actúa sobre la vida, porque la biopolítica que está presente en su arte, puede ser entendida como el poder de dominación de una vida sobre otra que, a su vez, es esa “vida misma que busca defenderse de los peligros que la amenazan” (Espósito 2012: 117). Así, permite comprender la intención que Barreto tiene para criticar la representación limitada que posee este ser en la sociedad.

En la poética de Barreto se puede percibir un sentido de fraternidad hacia lo animal, ya que el caballo se convierte, entre versos, en un diamante que no se debe tocar con las manos sucias, aquel ser que la gente debería montar y no matar, pero la realidad muestra a un ser ingenuo ante el hombre carnívoro que lo mata sin piedad. En esta medida, llama la atención cómo Barreto se refiere a la belleza, pues él mismo es encantado por la beldad y la fraternidad de lo que para muchos es un simple animal, “cuando me encuentro alicaído me voy a los corrales: los baño, los peino, me monto en ellos y boto la tristeza” (Barreto 2010: 336); sin embargo, es mucho más que eso, es un grato recuerdo porque lo vio crecer junto a otros potros. Esta imagen se puede apreciar en el poema “Elegía”, en el cual permite entender que su afecto hacia el rocín es tan grande como el amor de un hijo, porque cuida del cuadrúpedo, sabe de sus afecciones y siente su miedo que es también su silencio. El lenguaje entre el hombre y el caballo es exiguo, lo cual no admite un acercamiento mutuo, pero, para Barreto, es una “lástima no haber comprendido lo que pudo decir aquel animal. A veces compartir una emoción no es suficiente para evitar una tragedia” (2010: 335).

Con respecto a los modos sobre cómo la literatura latinoamericana pone en escena al animal, Giorgi observa que a partir de los años 60 “la vida animal empezará, de modos cada vez más insistentes, a irrumpir en el interior de las casas, las cárceles, las ciudades; los espacios de la política y de lo político” (2014: 11). Esto quiere decir que el animal ya no representa lo salvaje, lo primitivo, lo distante, sino que está más cerca e interpela al otro, permite hablar de su intimidad, además hace parte de un sistema social que administra

múltiples formas de vivir. Barreto por su parte, hace de su poesía una política de la vida dignificante, porque traslada al caballo del Llano venezolano, a un lugar que vivirá por siempre gracias al recuerdo que otorga el afecto de su corazón. El caballo que es el *otro*; “el animal, entonces, cambia de lugar en la cultura y al hacerlo moviliza ordenamientos de cuerpos, territorios, sentidos y gramáticas de lo visible y de lo sensible que se jugaban alrededor de la oposición entre animal/humano” (Giorgi 2014: 12).

Barreto sana la herida de la matanza de su fiel bayo, con la restitución de su cuerpo dentro del poema. Es allí donde el animal entra a formar parte de la cultura, porque hay un acoplamiento del rol político de la animalidad, hay un salto de umbral de lo natural hacia lo cultural. En esta óptica el caballo funge como un signo político de la sociedad, es como revertir los papeles establecidos por la norma estandarizada, donde el centauro pasaría a ser minotauro. Allí, el lenguaje poético ha creado una alternativa que reconfigura el rol político de lo no-humano, haciendo del animal el lugar donde se manifiesta la parte más emocional e íntima del hombre.

También se puede apreciar en la poesía de Barreto, una política de la alteridad, ya que a través de un lenguaje sutil, nombra y hace visible el cuerpo del caballo ante la sociedad que lo maltrata; en términos de Giorgi (2014), establece una ética de lo viviente. En este sentido, Barreto con dicho devenir poético metaforiza la vida animal, ya que el caballo que era la *zoé* (la vida animal abandonada), pasa a ser el *bios* (vida alternativa de la cultura). Entonces, sobre los modos de poder Giorgi asegura:

Dice la biopolítica, pasan justamente por exceso, eso de los cuerpos, lo que no termina de ser individualizado, identificado y humanizado, porque es en torno a ese límite que se gestionan las decisiones entre el hacer vivir y el abandonado, entre las vidas a proteger y las vidas a desamparar. Esa línea es la que traza sistemáticamente desde el animal, desde lo animalizado y la vida animal como su punto de tensión, de exterioridad (2014: 25).

En esta perspectiva, el *homo sacer* en el poema “Destino” de Barreto, es una potencia política que permite la aparición de lo *otro*, del ser explotado, a la no-persona, que en este caso particular, es el caballo, animal que es consumido, devorado, pero que también puede ser amado y respetado. Este poema es una alternativa de vida animal, ocupando estéticamente un lugar importante en la cultura, pues la figuración del caballo como instancia afectiva de vida transgrede la retórica del discurso del biopoder, ya que el animal pasa de ser un mamífero perisodáctilo a un “ser-persona” digno de amar.

En vista de lo anterior, el poema “Destino” de Barreto, se puede leer como una posibilidad deconstructiva de la norma del biopoder, porque hay una voz que implícitamente interviene la lógica de la clasificación zoológica que piensa al caballo por fuera de toda lógica afectiva y humana, es decir, al encontrar entre sus versos los términos: memoria, belleza y miedo, se contraponen la política de la vida, del existir, porque el équido también recuerda el maltrato, y sufre con los miedos que según Giorgi cuando se refiere al animal, éste “pierde la nitidez de su forma; pierde se diría contorno; fundamentalmente, el animal deja de ser la instancia de una ‘figura’ disponible retóricamente, de un tropo (tal fue su ‘función’ cultural o estética fundamental) para volverse un cuerpo no figurativo” (2014: 34). En el poemario *El duelo* (2010), esto se observa cuando aparecen los compradores de carne de caballo, es allí donde se refiere al rocín como mercancía que se vende en el mercado del pueblo, mientras la voz poética recuerda cuando acariciaba su lomo y su belleza; en este poema, sus versos están cargados de afectos entre hombre-animal, una potencia del vivir.

Algo similar ocurre en *Banderas detrás de la niebla* (2006) de José Watanabe, donde la política del afecto se vislumbra en la representación animal y, a través de un sentido alegórico, se desarticula la predeterminación de las especies. Este poeta peruano pone al animal dentro del poema y reinventa el reino que se le suele atribuir, no necesita conocer de la clasificación animal darwinista para expresar lo que realmente significa el cuerpo de estos seres en el mundo, porque en

él se percibe el oficio de un poeta inspirado y solar, pero su sol es una animal amistoso en cuya piel está inscrita la sabiduría del mundo. Hecha de ironía y de arrojo, su poesía es una constelación de aires terrestres donde todo vuela y tiene consistencia, hermosura, porque Watanabe confronta la belleza irrefutable de lo natural -lo visto, oído, olido, tocado- con lo que no tiene el ímpetu de los sentidos (Eraso 2010: 24-25).

Así, lo expresado arriba se vuelve un criterio que permite legitimar la potencia metafórica que expresa Watanabe en su poesía, donde lo animal adquiere un valor importante porque significa la fuerza de transformación que tienen el lenguaje y la poesía para revalorar el rol del animal: “/un perro abandonado en el fondo de un bote/, tan ciego como yo, gemía/” (Watanabe 2006: 27). Dicha hipótesis también se puede distinguir en el siguiente poema:

EL CABALLO

En la frontera del desierto
y las plantaciones de caña, la casa solitaria
tiene algo de cráneo abandonado al sol: quizá

por los sonidos resonantes de su interior
y el yeso que se hace polvo en sus paredes.

En el hondo vacío de la sala
de puertas y ventanas arrancadas
hay un intenso olor a caballo. En el rincón
donde algún día un cabrero trashumante
se refugió y encendió una fogata,
anoche ha dormido un caballo.

Es absurdo pensar que entre los cañaverales
y el comienzo azul de las estribaciones andinas
aún vaga un caballo libre
que viene a dormir aquí.
Parece sólo una idea hermosa
puesta en este pasaje, pero no: en el aire
todavía percibo el temblor de sus músculos nerviosos.

Me voy de la casa convencido de que al anochecer
Vendrá a dormir nuevamente ese caballo.
Le he dejado semillas de algarrobo
que recogí en el camino. Espero que las muerda
mientras con su casco golpea el piso de tierra
acompañadamente
como una señal de entendimiento.

(Watanabe 2006: 44)

“El caballo” es un poema que no pasa por alto la existencia animal, la lectura organoléptica (hay un intenso olor a caballo) del poeta peruano con respecto a la relación entre el humano y lo animal es una gran muestra de la intensidad de sus afectos poéticos en *Banderas detrás de la niebla* (2006) que va desde lo más ínfimo de la creación hasta el último “Asterión”; por ello, “es preciso definir la poesía de Watanabe como hospitalaria en extremo” (Eraso 2010: 29). En su poética, sus versos también alcanzan velocidades extremas y se podría pensar por qué Watanabe al igual que Barreto escogieron a un caballo como imagen primordial de un poema, pues este poema-caballo es el átomo que ejemplifica la buena relación entre el hombre y el animal; en palabras de Giorgio Agamben, “las relaciones entre los animales y los hombres tendrán una nueva forma y el hombre mismo se reconciliará con su naturaleza animal” (2006:12).

De igual manera, los postulados filosóficos de Deleuze y Guattari (2004) invitan a reflexionar sobre la potencia de afección en el mundo poético, puesto que no sólo la humanidad puede configurarse como tal significancia, sino los animales también pueden

representar dichas resonancias. La intención del creador no debe prevalecer en imitar los seres de la naturaleza, sino más bien incorporarlos en su arte para darles existencia a través del lenguaje que hace posible el acercamiento entre seres y cosas que en la realidad están separados. En ese sentido, los animales de Watanabe son seres verbales a los que la poesía le da existencia, el devenir del caballo tiene conexión con lo humano y Watanabe lo expresa en la tercera estrofa cuando se admira al saber que el caballo anda libre sin fardos de pesadas cañas que dejaron sus músculos débiles. Asimismo, en la cuarta estrofa, el poeta ratifica su afecto hacia el corcel cuando le comparte unas semillas de algarrobo, quizá para que mitigue su hambre y no indignar más su condición de “bestia de carga”.

En este orden de ideas, el poema “El caballo” contempla la política del afecto, porque Watanabe comparte un sentido poético diferente donde el caballo no representa la esclavitud animal, sino la libertad entre aquel cañaverol hostil. Si para Deleuze y Guattari “la salud como literatura, como escritura, consiste en inventar un pueblo que falta” (1996: 9), Watanabe, transgrede los límites de la representación, pues con su lenguaje poético interpela la servidumbre del caballo, para revivir por medio de la alegoría animal, a un cuerpo que ha sido maltratado, es allí donde el poeta peruano también establece el salto del umbral entre la *zoé* y el *bios*.

Volviendo al caso, en el poema “Destino” de Igor Barreto, el hombre hace parte del exterminio animal, vende y consume su carne, sin embargo, el caballo no lo rechaza por su acto cruel. En este orden, el hombre domina al animal porque es ser racional. Si el hombre difiere del animal, aun no se ha separado totalmente de dicha animalidad, por tanto hay en él una política afectiva, no olvidemos que para Deleuze lo animal es lo anómalo del hombre, es decir, aquella potencia de -devenir otro- que el hombre tiene y que la poesía mantiene un devenir animal en su esencia de *ser*. Así, Agamben señala:

[...], el hombre no es, en efecto, una especie biológicamente definida ni una sustancia dada de una vez y para siempre; es, más bien, un campo de tensiones dialécticas ya cortado por cesuras que separan siempre en él-al menos virtualmente-la animalidad “antropófora” y la humanidad que se encarna en ella. El hombre existe históricamente tan solo en esta tensión; puede ser humano sólo en la medida en que trascienda y transforme el animal antropóforo que lo sostiene; sólo porque, a través de la acción negadora, es capaz de dominar y, eventualmente, destruir su misma animalidad (2006: 28).

En esta perspectiva, Agamben permite comprender que el hombre, al conservar la esencia animal en su devenir, también podría mantener las mismas condiciones de vida que el

humano, entre ellas el derecho a la vida. La biopolítica que es la política sobre la vida, establece jerarquías entre los seres vivientes y los humanos son aquellos que tienen el derecho a vivir, es allí donde se irrumpe con la crueldad del *ser* animal, por cuanto que Barreto lo sugiere no sólo en este poema, sino a lo largo de su poemario *El duelo* (2010), un texto que superpone el lenguaje para revalorar el *bios* del caballo. De similar manera en este libro, el poeta venezolano explicita la biopolítica de la animalidad mostrando la barbarie hacia el caballo y el robo para vender su carne como otro de los crímenes más despiadados; pues está presente “el hambre que rompe, destroza, corta, quiebra. En la caverna de la boca ya no veo palabras, sólo hambre” (Barreto 2010: 308).

Ese cadáver que se encuentra enterrado en el camino, representa la desaparición de la belleza. Se trata según Giorgi de “una política que hace de la destrucción de los cuerpos una de sus operaciones centrales, y de la administración del cadáver, una de sus tecnologías sistemáticas” (2014: 199), una biopolítica del cuerpo que no permite cumplir con el ritual de los restos. Sin embargo, Barreto hace memoria y testimonio de la pérdida y en la Finca de San Gregorio donde ocurrió la masacre del rocín, el poeta expresa:

continuamos tras las pistas hasta dar con el lugar donde lo habían matado. En el sitio se extendía una cuajada de sangre en medio de un claro de hierba rala, a ratos verde. Allí también enterraron sus restos. El entierro no lo hicieron a tanta profundidad y la cola del caballo quedó afuera. Lo identificamos por el color de la pelambre de la cola” (Barreto 2010: 307).

Para Giorgi (2011:2), el animal hace parte del ordenamiento social; para que el humano pueda vivir necesita alimentarse de este ser, requiere establecer una jerarquía normativa donde el animal tiene que morir para que el hombre viva. Al respecto, Barreto diría:

VEO los caballos
y entiendo
su miedo.
Son sentimientos
confrontados:
su espíritu de acuerdo,
su afán
de confianza
y nuestro deseo de poseerlos
con violencia:
¿a qué amistad
nos llaman
si somos carnívoros?

(Barreto 2010: 330).

Al comprender lo que realmente siente el caballo, el poeta está contraviniendo la norma social, donde su postura es dar a ese ser una memoria que nos restituya su belleza y su afecto en una inscripción cultural. En *Banderas detrás de la niebla* (2006) de Watanabe, también se configura una reflexión sobre lo animal que interrumpe los protocolos biopolíticos y muestra cómo la serpiente, el zorro, las lagartijas, las ratas, las perras, los búfalos, el conejo, los cangrejos, la abeja, el caballo, la rana, las gaviotas, la boa y el pájaro, son potencia de desestabilización política, una potencia poética que configura esencias afectivas. Watanabe hace de cada poema un hábitat natural, su preocupación es exhortar la existencia de seres excluidos de la norma social; ya que permite comprender que cada uno es un cuerpo celeste cuyo brillo afecta la mirada de aquellos que violentan su *bios*.

Para finalizar, encontrar un sentido de afectividad más allá de la existencia entre lo animal y lo humano es concatenar una serie de sucesos que poetas como -Igor Barreto y José Watanabe- saben hacer fructíferamente con su creación poética. Desde sus propuestas artísticas indiscutiblemente legan una política del reconocimiento del ser no-humano, que desde su condición de *bios* y su transfusión rizomática irrumpe la norma de las políticas culturales. Entre vivir en lo paradigmático del mundo y disfrutar del paisaje del Llano venezolano, Igor Barreto eligió legitimar la vida del caballo, para demostrar con su poemario *El duelo* (2010) que el cadáver de un caballo es un afecto de la pérdida; por otra parte, los poemas de José Watanabe divergen dentro de la margen naturalista para revalorar la existencia de *otros* seres, para ubicarlos lejos del olvido humano. En suma, ambos poetas tienen una fuerza cósmica que les permite atravesar lo más blanco de la vida y lo más corroído de la muerte, para dar lugar a la desnudez de la animalidad por medio de la poesía.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2006). *Lo abierto del hombre y lo animal*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Barreto, Igor (2014). *El campo/El ascensor, poesía reunida (1983-2013)*, Madrid, Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles. (1996). *Crítica y clínica*. Barcelona, Anagrama.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. (2004). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos.
- Esposito, Roberto. "Inmunidad, comunidad, biopolítica", *Las Torres de Lucca*, Nro. 0 (enero-junio 2012): 101-114.

Eraso, Mario (2010). *Cordón de plata: Diez poetas latinoamericanos nacidos en la década de los años cuarenta del siglo XX*, México, Ediciones Sin Nombre.

Saraceni, Gina (2008). *Escribir hacia atrás: herencia, lengua, memoria*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Giorgi, Gabriel (2014). *Formas comunes: animalidad, cultura y biopolítica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

----- "La vida impropia. Historias de mataderos", *BOLETÍN del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, No. 16 (diciembre de 2011): 1-22.

Gómez, Raúl (1995). *Poesía 1980-1989*, Bogotá, Norma.

Moraña, Mabel (2012). *El lenguaje de las emociones: Afecto y cultura en América Latina*, Madrid, Iberoamericana.

Watanabe, José (2006). *Banderas detrás de la niebla*, Madrid, Pre-Textos.